



Las Vigas de la Vida

¿Cuántos habrán visto la película de hace muchos años llamada el “El hombre lobo”? De día una persona muy normal, común y corriente, de noche a la luz de la luna llena se convierte en el hombre lobo. Y sale con otra apariencia y ataca a las personas hasta matarlas. Aunque usted no lo crea, todos tenemos un hombre lobo por dentro, listo para saltar, convertirse en una fiera, capaz de destruir la vida entera de cualquier persona.

Nos encontramos con agentes de la policía entrenados para guardar el orden, resultan siendo jefes de una banda. Nos encontramos con el maestro de escuela responsable de cuidar a sus alumnos y es el distribuidor de crack y marihuana. Nos encontramos con el religioso, el ministro de culto responsable de cuidar niños y resulta que es el pederasta. Es lo que llamamos la doble moral, la doble vida.

En el pasaje de la escritura de hoy Jesús toca ese peligro principal de aquellos de nosotros que verdaderamente nos comprometemos con el discipulado. Queremos ayudar al que está necesitado, queremos ayudar al que está en pecado, queremos ayudar al que está atado, pero es imposible ayudar a otros si primero no nos ayudamos nosotros. Necesitamos quitar algunas faltas, ver nuestras propias vigas, nuestras propias culpas. Debió existir una sonrisa en el rostro de Jesús mientras contaba esta parábola. No podemos evitar ver el humor en que un hombre ciego intente guiar a otro hombre ciego. Imposible. Bajaba las altas montañas que rodean el lago de Atitlán rumbo a San Pedro La Laguna a hablarle a un grupo de cien pastores de aldeas y pueblos del área. Hablando del tema de la visión les preguntaba: ¿Se subirían al autobús allá arriba de la montaña, conducido por un ciego? Por supuesto que la respuesta fue una sonrisa, en algunos una carcajada. Es viaje seguro hacia al barranco. Eso está pasando con nosotros, con la iglesia. Queremos ayudar a los necesitados, pero nosotros mismos estamos cegados. No podemos ver el camino, tenemos cubiertos los ojos por nuestras propias faltas, nuestras culpas y tenemos que remover de nuestros ojos cada una de estas vigas.

En Lucas 6: 39-42 «También les contó esta parábola: ¿acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en el hoyo? El discípulo no está por encima de su maestro, pero todo el que haya completado su aprendizaje, a lo sumo llega al nivel de su maestro. ¿Por qué te fijas en la mota que tiene tu hermano en el ojo y no le das importancia a la viga que tienes en el tuyo? ¿Cómo puedes decirle a tu hermano: “Hermano, déjame sacarte la mota del ojo?” ¡Hipócrita! Saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás con claridad para sacar la mota del ojo de tu hermano.»

Tenemos dificultad para ver las vigas propias, es decir nuestras propias culpas. Es más fácil ver lo malo en los demás que ver lo malo en nosotros. Una percepción clara de la viga es importante en la vida cristiana. Cualquier cosa que estorbe nuestra visión espiritual es un problema. Jesús describe estos impedimentos de la visión como motas, vigas o pestañas que se nos meten en los ojos. Basuritas, astillas.

Jesús describe estos impedimentos de la visión como motas o vigas, sean grandes o pequeñas causan dolor, y las dos impedirán la visión. ¿Cual es la viga? ¿Tendría en mente el Señor un



pecado en particular? Se piensa que sí, se identifica la viga como un espíritu de censura grave. Somos críticos censuramos la forma en que la gente come, se peina, se viste, maneja, trabaja, se conduce, canta, predica. Tenemos un espíritu de censura grave. Esto es uno de los estorbos más grandes para la percepción espiritual de muchas de las cosas que podrían etiquetarse como “pecaminosas”.

No se vuelva una persona crítica, con un espíritu grave de censura. Censuramos en base a lo que pensamos, lo que sentimos, lo que somos. Examinemos nuestra alma y corrijamos nuestra viga antes de acusar, de condenar. Remover las vigas propias es proceso doloroso, cuando usted tiene una astilla en el ojo sufre. Y cuando usted tiene una culpa personal, un defecto en su conducta, una falta a la moral duele corregirlo.

Tal como una mota o una viga pueden entrar en el ojo, así hay muchas faltas, motas y vigas espirituales que pueden entrar en el espíritu de una persona. Una raíz de amargura, envidia, espíritu de celos, enojo, maledicencia. Todo surge dentro de nosotros. Por algo dicen que los ojos son la ventana del alma. Jesús utiliza el ojo para su ilustración, por su especial sensibilidad.

El remover la viga nos prepara para ayudar a otros. Todos tenemos a alguien que necesita de nuestra ayuda y queremos ayudarlo. Necesitan extraer esas cosas tan molestas de sus vidas. Probablemente nunca podrán removerlas sin la ayuda de alguien. Pero Jesús dijo: ¡Hipócrita! Saca primero la viga de tu propio ojo y entonces verás con claridad para sacar la mota del ojo de tu hermano. Las cualidades que se necesitan para ayudar a otros, se acrecientan cuando pasamos por el proceso doloroso de desarrollo de santidad personal en nuestras vidas.

Todos vemos a Cristo en la gloria, pero se nos olvida que antes de llegar a la gloria pasó por el calvario. No hay gloria sin cruz, no hay victoria sin clavos en las manos, no hay triunfo sin lanza en el costado, no hay éxito sin ser coronado de espinas primero. Pablo dice que nosotros somos juntamente con Cristo crucificados. Y para que nosotros podamos calificarnos como santos como él es santo, tenemos que pasar por el proceso doloroso de la santidad, que no se imparte por la imposición de manos. La santidad se desarrolla, la santidad se adquiere a través de un proceso doloroso.

La humildad se desarrolla. La humildad se aprende. La humildad se hace crecer. La humildad se desarrolla. El lidiar con la viga en su vida lo humilla. Cuando se da cuenta de su propio defecto, de su propia limitación, de su propia culpabilidad lo hace humillarse y reconocer que es pecador, que tiene debilidades, que tiene carnalidades, que le falta mucho para llegar a ser santo como Él es Santo. Entonces su actitud hacia los demás se vuelve diferente, ya no los ve como el fariseo engreído, engañado, los ve como el publicano desde el suelo postrado en la presencia de Dios nuestro Señor.

El lidiar con la viga en su vida lo humilla, desarrolla la perspectiva adecuada de usted mismo y de otros. Ahora se ve tal como es, ya es más cuidadoso en la forma cómo ve a los demás, en la forma cómo juzga a los demás, en la forma cómo censura y critica a los demás. Esta es la cualidad que Pablo mencionó cuando desempeñó su ministerio. Gálatas 6:1 dice: «Hermanos, si alguien es sorprendido en pecado, ustedes que son espirituales deben restaurarlo con una



actitud humilde, pero cuídese cada uno, porque también puede ser tentado.» Ese espíritu de mansedumbre que menciona Pablo es la humildad que viene después de que usted se ha despojado, deshecho de sus propias vigas. Entonces usted se vuelve humilde para restaurar a otros.